

LA PROMESA ENCANTADA

-Me temo, que a mi caballo lo encuentro un poco lastimado y torpe, se ha debido de clavar algo extraño en una de sus patas delanteras y no puede caminar muy bien-.

Exclamó el joven caballero, bastante alterado y con la palabra temblorosa y ronca, antes de entrar en un cobertizo hecho con rastrojos de ramas secas y finos troncos de madera bien enrejados y tupidos, donde había un pequeño refugio para atar a los animales.

A continuación, atravesando una vieja manta descolorida a modo de cortinaje que cubría un bello arco de piedra, se adivinaba la entrada a una gran casona vieja, donde se amontonaban algunas herramientas ajadas por el uso y totalmente desconocidas hasta ahora para él, varios aperos de labranza, y numerosas cacerolas y vasijas medio usadas, que contenían grasientos ungüentos y pócimas. También había grandes fardos amontonados de diversas raíces y plantas silvestres, repartidos por toda la estancia, que convertía aquel lugar en un santuario de etéreos aromas y bálsamos.

Se tropezó con ese establo, que el azar dispuso por casualidad en su camino y eso seguramente, salvaría a su leal equino de una muerte dolorosa y segura. Entró acompañado de su inseparable y fiel escudero, quien se había convertido en su sombra desde hacía ya varios años. Desde el fondo de la casa, se oyó una voz evidentemente cascada por la edad, pero quizás demasiado potente por el estruendo de la misma, que conforme iba acercándose lentamente hacia ellos, respondía:

-No se preocupe vuestra Merced por su caballo, llevo bastantes años en estos quehaceres sanando infinidad de gente, y también animales de todas las especie, y si a vos os parece bien, por mi experiencia tengo a bien aplicar una cura eficiente y milagrosa, que seguro le hará expulsar cualquier dolencia que tenga en sus patas, eso sí, necesitaremos varios hombres para sujetar y atar muy bien al animal, este emplaste que le voy a preparar y después poner alrededor de la herida, le va a escocer bastante y además está muy caliente, pero yo os aseguro, que mañana estaréis cabalgando rumbo a vuestro destino, como si nada de esto le hubiese sucedido.-

El amable anciano hablaba en un tono pausado, lento y familiar, que hacía confiar en él, además, era la única solución posible ya que no se podía proseguir el camino en ese dificultoso estado, parecía lo más sensato después de echarle un ojo a su caballo y ver como este, ya se encontraba echado en el suelo, agotado y bastante dolorido.

Él era su más incondicional amigo desde la infancia y no iba a fallarle ahora, cuando más lo necesitaba

El anciano continuaba conversando, con una cercanía y amabilidad extrema.

- Me disculparé noble caballero, si no os desvelo en qué consiste el cocimiento, pero es una pócima casi centenaria y oculta, que me enseñó mi abuelo, que a su vez le enseñó el suyo, que a su vez...en fin, ya imaginará vuestra Merced.

Quizás alguna vez, también yo continuaré esa tradición con mi nieto. ¡Si Dios así lo dispone! Ya que por ahora no va a ser posible, mi único hijo varón, solo me ha dado nietas.- Volvió a decir el anciano con verdadera tristeza y resignación.

Inclinó la cabeza en señal de vergüenza y respeto, e iluminándosele la cara, alzó el brazo hacia una desgarrada y alta zagalilla, con deslumbrantes ojos azules y graciosa melena llena de ensortijados mechones rubios, que estaba sentada sobre un gran fardo de paja dorada, intentando dar de comer a una cansada perrilla, que acababa de parir a sus cachorros.

Se llamaba Caliona, no tendría más de diez años y era la pequeña y última, de las tres nietas del Señor Taifor.

Después de ella, le seguían dos hermanas mayores ya casaderas, que apenas se llevaban año y medio, pues la decepción de la primera hija, hizo que sus padres no tardaran en intentar buscar el ansiado varón, que continuara la tradición de "Los Curanos".

Ese era el apodo que todos conocían, para nombrar a esa familia del pueblo, que se dedicaba de alguna manera a transmitir de generación en generación, sus poderes para sanar no solo las heridas de los caballos, como era el caso del noble caballero, si no los males del cuerpo, el alma y el espíritu, de todos los vecinos y gentes que lo necesitaran.

La muchedumbre resistía la eterna espera sin queja alguna, para recibir las famosas pócimas y curarse todos los maleficios y hechizos que padecían, o les habían trasmitido, según creían y aseguraban ellos.

Así, "el bonachón de la barba blanca", como le hacían llamar los niños, pacientemente iba aliviando y mejorando a todos los forasteros y vecinos, que buenamente se acercaban a su establo.

Él jamás se enojaba o protestaba, atendía a todo el mundo con su mejor sonrisa poniendo toda su ciencia y sabiduría, al servicio de todo aquel que tuviera a bien visitarlo en su hogar.

Unos eran de aldeas cercanas, otros realizaban varias jornadas a caballo, para llegar hasta ese recóndito lugar donde por fin, todos sus padecimientos y sufrimientos tendrían su remedio.

Él con sus bolsones de hierbas, pócimas, emplastes y su anciana sabiduría, repartía a cada uno la cura de sus dolencias, y por los efectos y lo rápido que había corrido la voz, por todas las comarcas linderas, debía ser algo realmente eficaz y muy milagroso, ya que la gente verdaderamente sanaba con aquellos exóticos y mágicos cocimientos misteriosos, jamás desvelados.

Nunca pedía ni exigía cobro alguno, pero a cambio, recibía lo que buenamente las gentes tenían a bien entregarle, los más poderosos le daban alguna moneda y los menos, que era la gran mayoría, le llevaban lo mejor de su huerta, su corral, o aquello que cocían en su horno.

Él era un hombre sencillo y acostumbrado a la austeridad, y se sentía satisfecho con esos presentes, pues no necesitaba mucho más para vivir.

Con esa pequeña niña, se perdieron todas las posibilidades del ya cansado señor Taifor, la estirpe tenía que continuar y su pócima mágica para curar heridas también. ¿Pero cómo, sin un heredero varón?

Nunca había perdido la esperanza de que algún milagro, por extraño o raro que pudiera parecer, por fin se cumpliera en ese trozo de tierra perdido, entre extensos prados verdes y frondosos árboles centenarios, que como inertes soldados de alguna contienda, quizás guarden silencio eterno, para no desvelarnos jamás, lo que por allí pudo acontecer.

El caballero permanecía allí asombrado, de pie, inmóvil cual estatua de frío y agarrotado mármol y un tanto aturdido, por tan sorprendente relato y singular personaje.

Sí, sin duda, esa había sido la historia más insólita y peculiar que había oído jamás, no resultaba extraño, ya que no era muy dado a mezclarse entre las gentes sencillas, y menos atender estos menesteres propios de vasallos.

Además de buena persona tenía un don de palabra convincente, que no hacía dudar de que todo lo que le fuera aconsejado debía ser verdadero y eficaz, por lo que no le quedó la menor duda que debía obedecer, sin dudar.

Después de unos minutos de incertidumbre y un prolongado silencio, asintió con la cabeza y se dispuso a cumplir con todas las indicaciones que aquel hombre desconocido, pero a la vez tan cercano, le iba relatando para sanar a su caballo, había algo en él, que inspiraba paz y confianza, además era lo más razonable y seguro para su fiel amigo.

Le agradeció nuevamente su bondad y prometió que le recompensaría con creces todo lo que estaba haciendo por ellos, ya que estaba convencido que aquella medicina mágica sanaría a su caballo.

El anciano le contestó con una amplia sonrisa, que él ya se sentía pagado con su elegante y señorial visita, ya que ese lugar además de su establo, era su medio de vida.

No estaba acostumbrado a tratar con ostentosos caballeros y su presencia le resultaba inusual y extraña por estos lares, y no iba a consentir, que aquel hombre le recompensara de modo alguno. Aunque no le negaría algún presente, que éste le ofreciera por sus servicios. Era la manera de asegurar el sustento diario de él y su familia.

A simple vista, se notaba que aquel ilustre hidalgo no era un individuo vulgar, el señor Taifor estaba habituado a ver pasar muchos viajeros y extranjeros por la aldea y ese hombre tenía algo que le hacía diferente al resto de la gente, sus ropas eran muy ricas y lujosas, su calzado, su sombrero, hasta su caballo era majestuoso y señorial.

Si, verdaderamente, era todo un Noble Caballero y tenía que saber quién era y qué estaba haciendo en ese lugar tan lejano y apartado, de toda corte real cercana.

Después se percató que fuera, alrededor del establo, un séquito de hombres a caballo con escudos y armas, esperaban pacientemente al Gran Señor, entonces algo en su interior le decía, que un importante acontecimiento sucedería allí.

Hacía mucho frío en esa época del año, las primeras nieves estaban casi por llegar y la noche, pronto se echaría encima.

El caballo debía descansar y el noble señor le preguntó al señor Taifor, si sería posible que él y sus guardianes, tuvieran un sitio donde cobijarse y poder saciar el hambre y la sed.

Después de todo, si era verdad y la pócima secreta hacía su hechizo mágico, a la mañana siguiente con las tempranas luces del alba, podrían seguir el camino de regreso, sin más demora.

Pero la aldea era muy pequeña y no había hospedaje ni posada, la más cercana estaba a más de dos horas a caballo y no muy tarde empezaría a oscurecer.

Una vez más el señor Taifor se prestó raudo a socorrerle, a fin de cuentas estaba feliz y exultante, no siempre ocurría un evento como ese y además, rompería de alguna manera esa rutina diaria, que últimamente estaba instalada en su vida y su poblado.

Necesitaba ese soplo de aire fresco que diera sentido a su ya castigada existencia, él a pesar de los años, se sentía una persona alegre y jovial, y de alguna manera también olvidaría por unas horas el verdadero tormento que le perseguía, un descendiente varón, que continuara la estirpe familiar.

Cerca de allí, vivía su único descendiente con su esposa y sus otras dos nietas, que disponían de una pequeña choza al lado del enorme caserío, donde guardaban el grano cuando recogían la cosecha, ahora no era temporada y estaba vacía. La familia se trasladaría ahí por esa noche y les dejarían la casa para que todo el séquito pudiera reposar.

Sin duda, el señor Taifor le hubiera ofrecido su propio hogar, pero ahora pertenecía a su hijo, al vivir él solo desde que murió su esposa, se la cedió, pues la de ellos era más pequeña, vieja y húmeda y esa no era morada para sus nietas, ni tampoco para unos señores tan ilustres, como los que habían tenido el honor de visitar su establo.

De esta manera su hijo y familia, vivirían mejor en esa casa tan cómoda y espaciosa. Él ya estaba demasiado viejo y seguramente no le quedarían muchos años de vida y la antigua vivienda de su heredero, sería suficiente para acabar sus días dignamente.

Había tenido una infancia muy feliz y no menos adolescencia y vejez, recibió todos los legados y sabiduría, de sus humildes antepasados, y ahora toda esa ciencia y conocimiento, estaba depositada en su hijo varón para que éste continuara con la tradición, como así había ido sucediendo desde el principio de la estirpe.

Pero él intuía tristemente, que el final estaba llegando y no iba a poder ver el seguimiento de ese largo linaje familiar, que tanto esfuerzo le costó crear al patriarca de “Los Curanos”, muchos lustros atrás.

Por unos instantes olvidó sus males y pesares y vio que lo importante en estos momentos, era proporcionar descanso y comodidad a sus dignos invitados, ya que para eso se había prestado a ello.

Carila y Belania las dos nietas mayores, serían las que adecentarían y limpiarían la casa para los convidados, Caliona, se ocuparía de abastecer de agua y forraje a los caballos y su nuera, procuraría que no les faltase nada de comer ni beber.

Por supuesto cocinaría para ellos, esos asados tan deliciosos hechos en el horno de leña, que sabían a gloria, sin faltar la famosa tarta de frambuesa y arándanos tan conocida en todo el pueblo y que solo ella, sabía hacer como nadie, acompañado por supuesto del vino que ellos mismos cosechaban y que solo en ocasiones especiales como esta, merecía la pena degustar.

Se dispusieron a preparar con esmero y agrado el evento, pues no todos los días se tenía la ocasión de agasajar a tan distinguida comitiva.

Todo estaba ya dispuesto en la tranquilidad de la fría y oscura noche, era tal el silencio que se inhalaba en el aire, que se quebraba en pedazos, al son de los caballos.

Se empezaron a oír por las solitarias y estrechas callejuelas de la aldea, los suaves galopes y relinches de los jamelgos, que uno a uno iban trotando asidos de las bridas de sus amos, los fieles escuderos escoltaban a su Señor hasta la casa, para poder descansar y disfrutar después, del gran banquete que se le iba a ofrecer en su honor.

Sus erguidos estandartes se mecían suavemente al compás del viento, ondeando descaradamente un escudo real, que había pasado desapercibido por todos los habitantes del lugar, incluido el Señor Taifor.

Sin lugar a dudas algo sorprendente iba a ocurrir allí, pero nadie lo esperaba y menos que este accidental percance, fuese a cambiar la vida de esta humilde gente y en particular la familia de los llamados “Curanos.”

El día siguiente sería largo y penoso para la real comitiva, había una misión que cumplir y este contratiempo no podía retrasarse por más tiempo. Además, se encontraban todavía muy alejados de su destino y debían partir de inmediato, la premura del cometido lo requería, y les aguardaban con cierta preocupación y desconcierto, la gravedad del asunto era tal, que eso hacía más difícil y dolorosa la espera.

El banquete fue exquisito, por fin el hidalgo caballero pudo conocer a la familia del señor Taifor y a sus adorables nietas.

Cuando Belania la mediana de ellas, fue a servir el vino y posó sus preciosos ojos verdes en el apuesto caballero, para cerciorarse si todo estaba de su agrado, éste exclamó a media voz y delante de todos los comensales, la admirable belleza que tenía ante su presencia.

Esto produjo un inevitable rubor en sus ardientes mejillas, que hizo dibujar un asombrado gesto, en las pasmadas caras de todos los allí presentes.

Era evidente que algo mágico se estaba produciendo allí.

Toda la noche, estuvo pendiente el noble Señor de la bella joven, alabando una y otra vez su gracia, alegría y esa sonrisa tan cautivadora, que le había dejado hechizado.

Una vez terminada la cena, y después de agradecer una vez más, todos los honores que aquella humilde familia les había ofrecido, lentamente se fueron retirando, para acomodarse en ese improvisado resguardo, que tanto precisaban después del largo y fatigoso día.

Recostado en su alcoba, no cesaba de pensar en los encantadores ojos de aquella doncella tan hermosa y en toda esa gente tan acogedora y servicial, que no había dudado ni un solo momento, en ofrecer todo lo que ellos tenían, a unos extraños que el azar había traído hacía ellos. Seguramente se merecían una recompensa, que él estaba dispuesto a otorgarles.

Era demasiado tarde y sin duda, éste había sido para el ilustre personaje uno de los días más extraños y a la vez placenteros, que recordaba, a lo largo de su corta y acomodada existencia

Por lo que sin más tardanza se dispuso a descansar.

A la mañana siguiente muy temprano con los primeros destellos del alba, se trasladaron al lugar donde se suponía que el animal se había repuesto de su dolencia, con gran gozo y no menos satisfacción, pudieron observar como el caballo se mantenía firme sobre sus patas, sin apariencia de enfermedad alguna, es más, parecía haber rejuvenecido varios años y su pelo estaba más brillante y sano como jamás antes lo habían visto y estaba dando buena cuenta de un manojito de heno, que rebuscando con su hocico, había encontrado entre los aperos y trastos viejos del establo.

Era más que evidente que aquel anciano decía la verdad, realmente tenía un don divino para sanar y lo había demostrado nuevamente, el caballo estaba curado y nada les retenía ya en ese lugar.

El poderoso Señor, ordenó a sus hombres que prepararan los caballos y dispusieran lo necesario para partir, en cuanto él se despidiera de tan amable familia, que tanto favor le ofreciera.

Todos los habitantes de aquella pequeña villa salieron a despedir a los caballeros, el hidalgo varón, antes de subir a su montura, sacó una pequeña bolsa con monedas y la depositó suavemente en el dorso de la mano del señor Taifor, a la vez que exclamaba:

-Recordad lo que os dije, compensaré con creces la bondad y gratitud que me habéis otorgado y quizá muy pronto recibiréis una misiva-.

Toda la comitiva en hilera partió rumbo a su cometido y al señor Taifor, se le apreció como una lágrima resbalaba lentamente por sus castigadas mejillas, sin comprender muy bien lo que allí había ocurrido.

Todos volvieron a sus casa y la rutina volvió otra vez a instalarse en la aldea, los días pasaban, ya casi nadie recordaba la distinguida visita, si acaso de vez en cuando al atardecer, cuando los más ancianos, y algunos jóvenes, se reunían en la plaza Mayor del pueblo, para apurar los últimos rayos de sol, que tímidamente se asomaban entre el ramaje de los gigantescos árboles que la rodeaban, se oía algún murmullo, rememorando el alarde.

Se recordaba con nostalgia el juramento hecho en su día, pero estaban seguros que este nunca se llegaría a cumplir.

Es más, pensaron que nadie se acordaría de ellos y menos unos nobles caballeros de paso, por esos parajes perdidos.

Pero...una espléndida mañana apenas entrada la primavera, se oyó a lo lejos el familiar galope de unos caballos, que se acercaban velozmente hacía aquel generoso pueblo, que nunca perdió la esperanza en aquella singular promesa.

Desde lejos se podía observar, ese mudo testigo que tan sigilosamente había pasado inadvertido ante todos los presentes y se agitaba ondeando fuertemente al viento, al son de los caballos, un escudo real encabezaba la escolta que portaba un mensaje para el poblado, pero en especial para el señor Taifor y su familia, que ajenos a todo lo que estaba sucediendo seguían con su sencilla y monótona vida.

Se detuvieron ante el establo que en esos momentos y debido al tumulto que se había organizado, se encontraba lleno de gente y un mensajero delante de todo el pueblo, asombrado nuevamente por la expectación, bajó de su caballo y a viva voz frente al viejo bonachón, sacó un pergamino real exclamando:

-“Por orden del Rey se hace saber a todo este pueblo, que para celebrar la coronación del nuevo Soberano, se procederá a organizar una Honorable Cabalgata Real”.

Para tal magno acontecimiento, su Augusta Majestad tendrá el honor de pasar por esta aldea y agradecer personalmente un auxilio, que en su día se le brindó.

Y si fuera posible, que una joven cuyos ojos verdes no ha olvidado, le sirviera una copa de vino y un trozo de ese delicioso dulce, que tan amablemente le ofreció, en aquel succulento banquete.-.

Se hizo un silencio sepulcral, toda la gente enmudeció, el señor Taifor no salía de su asombro y Belania, que se encontraba sacando agua fresca del pozo junto a la casa, a punto estuvo de desmayarse.

Por fin, se había desvelado la identidad del misterioso y noble caballero, nadie imaginaba que eso estuviera pasando en esa tranquila villa de honrados y humildes campesinos.

El Rey iba a pisar sus calles y esta vez con todos los honores.

La muchedumbre que se había acercado hasta el lugar rodeando al mensajero y sin perder detalle de todo lo que allí estaba ocurriendo, reaccionó con vítores y aplausos, todos se abrazaban, lloraban y reía, pero también se preguntaban cómo prepararían la esperada visita Real. A fin de cuentas, ellos solo eran unos labriegos y jamás en la aldea y en sus vidas, había ocurrido nada semejante y realmente estaban preocupados, por si no sabrían corresponder a tamaño cometido

El mensajero mandó a sus escuderos, que repartieran entre todos los habitantes del lugar, los regalos, ropas y presentes necesarios, que el Rey le había entregado para preparar su honorable visita, y así, corresponder con todos los sufragios para que sin duda fuera de verdad una Cabalgata Real, ya que el pueblo verdaderamente lo merecía.

Por supuesto no se había olvidado de su “Dama,” a la que le había hecho llegar el vestido más precioso y lujoso que jamás se hubiera visto y que ocultaba una gran sorpresa por desvelar.

Una vez los soldados y sus caballos descansaron y cogieron fuerzas para retomar el regreso, el paje se dirigió al señor Taifor para desvelarle los últimos detalles, pues todavía no acertaba a descubrir, ni se había revelado, cómo había llegado hasta allí, tan ilustre señor y su fiel servidumbre.

La gente esperaba con verdadera curiosidad, el relato que destapara aquel intempestivo suceso.

El anterior monarca había fallecido repentinamente, su hijo se encontraba de cacería con su séquito por estos lugares ajeno a lo sucedido, y recibió por medio de un mensajero la amarga y triste noticia del desenlace, por lo que tuvo que regresar apresuradamente para preparar los funerales y acatar la sucesión al trono, entonces ocurrió el percance del caballo.

El azar a veces caprichoso cambia el rumbo del destino y esta vez, parecía como si un halo misterioso y mágico, se hubiese posado sobre ese pedazo de tierra, perdido en las llanuras de ese olvidado valle.

Los soldados se marcharon nuevamente, pero ésta vez todo era diferente, en dos semanas la vida de todo un pueblo iba a cambiar y quién sabe si la de esta humilde familia, también.

Todos regresaron a sus casas, dando gracias a Dios y al Rey. Cada uno tenía encomendada una tarea o labor para organizar la esperada comitiva Real.

Había mucho por hacer, para dejar impecable y limpio el lugar donde por primera vez, un Rey tenía el honor de visitarles. Todos a una se pusieron a trabajar, adecentando y baldeando las calles. Se encalaron de blanca e inmaculada cal, todas las casas del pueblo y toda la aldea quedó engalanada con el mismo cariño y ternura, como una madre acaricia la locura, cuando se inclina a abrazar y besar a su hijo recién nacido.

Por fin llegó el gran día, lucía un sol radiante, y el pueblo al completo con sus mejores galas esperaba cubriendo todo el recorrido de la Cabalgata Real. A lo lejos se adivinaban las siluetas de unos apuestos soldados, portando sus lustrosas armaduras y bellos escudos, que al reflejo del sol sobre ellos, parecía como si un mar de plata se desbordara en el horizonte. Los escoltas ondeaban al viento los estandartes y emblemas que distinguían al soberano y los caballos engalanados con grandes penachos de plumas blancas en sus cabezas para tal ocasión, parecían bailar al compás de la música, entonces, se empezaron a oír los sonidos de las trompetas y tambores, que poco a poco se iban acercando con más premura.

La entrada fue apoteósica y triunfal, todo el mundo enloqueció, el sonido atronador de los caballos se mezclaba con los clarines y timbales, una gran polvareda suspendida en el aire envolvía el ambiente de júbilo y alegría. Los niños tiraban pétalos de flores al viento, y los más jóvenes agitaban casi con vehemencia jirones de tela atados a largas varas de caña, que convertía la avenida en una gran serpiente coloreada.

Todo el pueblo hermanado, demostraba una vez más su fidelidad y lealtad al Rey.

Cuando la comitiva se detuvo delante del establo donde le esperaba toda la familia del señor Taifor, éste no dudó en ningún momento, en hincar las rodillas en el suelo y levantar los brazos hacía su Rey, exclamando:

-Humildemente os pido perdón Señor, por no haberos reconocido y trataros como vos os merecéis, cuando fui visitado por primera vez-

Volvió otra vez a sentirse en el aire, el más pulcro silencio a pesar del gentío que allí había presente, entonces el Rey, bajó de su carroza real y tomando la mano del buen hombre, le ayudó a levantarse, bajo la mirada atónita de todos los aldeanos que, por un instante se habían quedado sin respiración y a los que unos a otros, apenas se podían ver a través de sus ojos húmedos y llorosos, embargados por la emoción.

Entonces Su Majestad, dirigiéndose personalmente hacía él le dijo:

-Nunca nadie me ha tratado como lo ha hecho esta honrada y fiel familia, por ello todo mi séquito junto a mí caballo, estamos aquí para agradecer el favor y la amable acogida que recibí. Sin duda, el mérito es mayor pues no me di a conocer, lo cual demuestra la bondad y generosidad de sus gentes. Siempre estaré en deuda con este pueblo y desde este momento, esta aldea queda nombrada "Villa Real".

Seréis a partir de ahora mi sanador particular, y el que velará de todas mis dolencias y también las de mi caballo. Por el poder que la soberanía me brinda y con merecido reconocimiento y honor, se procederá a imponeros el Sello, que os acreditará como tal.-

Sujetándole suavemente la temblorosa mano, le colocó sobre su dedo un anillo real, creando un desconcierto y estupor en todos los habitantes que contemplaban la escena, sin dar crédito a lo que allí estaba pasando.

Entonces dirigiéndose hacia Belania, que observaba la escena estremecida y suspirando de emoción, sin apenas poder tenerse en pie y engalanada con el precioso vestido que le había sido entregado, le dijo:

-Bella Dama, por esos ojos verde mar que vos tenéis, sería capaz de perderme en una fugaz tormenta de locura y regresar, tan solo, para contemplar de nuevo. ¿Tendríaís el honor de subir en mi carroza y acompañarme durante la Cabalgata Real?, y si os agrada y complace compartiré con vos, una copa de vino con un trozo de pastel tan digno de un Rey, y si aceptáis mi compromiso, de una futura Reina-.

Todas las miradas se posaron en Belania, esperando que aceptara tan inusual e inédita propuesta.

Cuando ella volvió a sentir otra vez que el rubor en sus mejillas se hacía evidente y había recuperado por fin el aliento, no pudo por menos que sonreír.

Sabía que tendría por delante un duro menester pero no iba a contradecir al destino, ella desde que era una niña intuía que algo sorprendente le iba a suceder y no erró en su presagio.

Volviendo la vista a su familia, que con cara de aprobación y asombro contemplaban el hecho, pensó, que si el azar había sido el causante de este feliz encuentro, lo aceptaría con alegría y deleite y quizás por siempre cambiaría la historia de toda la aldea y la suya propia.

Temerosa y asustada, Belania, le extendió la mano, e hizo una leve inclinación de cabeza delante de su Rey exclamando:

-Mi Señor, será para mí un honor aceptar vuestro ofrecimiento y halago y dignamente os acompañaré durante el recorrido de este cortejo Real-
Acercándose sutilmente para que nadie más lo advirtiera, le susurró dulcemente al oído:

-Y si me guardáis el secreto, al igual que vos me perdería en esa tormenta, por volveros a ver. Acataré y recibiré con lealtad y pleitesía ese destino que me ha sido otorgado, si a vos os complace y agrada.-

El Rey sonriendo, la tomó de la mano y ambos subieron a la Carroza Real.

La gente estalló en gritos y aplausos, todos estaban felices por el futuro que les esperaba y por lo que allí estaba sucediendo.

Cuando la Carroza Real emprendió la marcha para seguir el camino, algo realmente mágico y prodigioso ocurrió, de las patas delanteras del caballo del Rey, un par de cascabeles blancos se desprendieron y fueron rodando y repicando hasta depositarse inmóviles a los pies de Caliona, la nieta pequeña del señor Taifor, que se encontraba junto a toda la familia, observando el sorprendente acontecimiento, con sus incrédulos ojos azules.

El bondadoso anciano, con cara de estupefacción y asombro, volvió otra vez a hincar las rodillas en el suelo, pero esta vez para levantar los brazos hacia el cielo y exclamar:

-Gracias Dios Mío, por haberme mostrado la señal, todos estos años he estado soñando con un ansiado varón que pudiera seguir con este milenario quehacer, sin percatarme que no hay peor ceguera que aquella que no deja ver la verdad y que lo importante no es ser varón, o hembra, si no ser honesto con uno mismo y con tu prójimo. Ahora ya sé lo que debo de hacer y lo que mi conciencia me dicta-.

Y volviéndose con ternura hacia su nieta Caliona, la cual no cesaba de llorar por lo acontecido sin entender realmente lo que ocurría, le dijo:

-Tú vas a ser la primera mujer en seguir la estirpe de “Los Curanos” y te serán desveladas todas las formulas y pócimas secretas para la sanación, yo seré tu maestro y mentor.

A partir de ahora, no sería justo que nuestra familia continúe con ese hereditario juramento, bastará con engendrar un descendiente sea varón o mujer, para seguir nuestra ancestral tradición, que infunda honor a nuestro nombre, estaba escrito en el destino solo había que desvelarlo y hoy por fin se acabará la lacra de ser mujer.

Tú desde que fuiste engendrada estabas predestinada a ser la elegida. Solo faltaba esa inspiración divina que sacara a la luz la verdad, y hoy ha sido el día elegido por Dios-.

Acercándose a ella con los ojos llenos de lágrimas, la besó tiernamente en la frente...